

FABIANA PERALTA



ROMPE TU SILENCIO

Rompe tu silencio

Fabiana Peralta

Esencia/Planeta

© Fabiana Peralta, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imágenes de la cubierta: Sprinter y Ron Dale, Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: mayo de 2015
ISBN: 978-84-08-14065-8
Depósito legal: B. 6.797-2015
Composición: Tiffitext, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Agotado y sudado después de hacer ejercicio en el gimnasio que había montado en su loft, se metió resuelto a darse una ducha, donde no se demoró demasiado. Salió del baño con una toalla a la cintura mientras se secaba el pelo enérgicamente con otra; sus pasos y sus movimientos eran mecánicos, ya que estaba hastiado. Al pasar por la cocina extrajo de la nevera una botella de zumo de naranja, cogió un vaso del estante, se sirvió y lo bebió de un tirón, sediento; a continuación sacó un paquete de hamburguesas del congelador y lo dejó sobre la encimera. No tenía muchas ganas de comer solo en su casa, pero tampoco le apetecía salir a comer afuera, donde la única diferencia sería el bullicio del entorno, de modo que aquellas hamburguesas le parecieron la cena perfecta.

Caminó hacia el salón; contrariado por su soledad, se desplomó en el sofá y cogió el mando a distancia del televisor para poner las noticias. El senador Wheels, en plena campaña, apareció en pantalla dando un discurso que él consideró basura política. Palabras vacías con argumentos poco sólidos que solamente ayudaban a su escalada, pero que no proporcionaban ninguna solución a los problemas que aquejaban a la gente ni a la ciudad; él no creía en los políticos, consideraba que solamente buscaban su propio beneficio.

—Cuando este tipo termine con el circo de hoy se subirá a su lujoso cochazo, se meterá en su mansión y una gran comitiva de soplones lo venerarán y lo harán sentir un rey. Entonces se olvidará de todo lo dicho y sólo le importarán él y sus lujos. ¡Idiota engreído! Ni él se cree toda la basura que ha soltado. ¿A quién pretende engañar? —refunfuñó irascible.

Apagó el televisor y encendió el equipo de música. Bon Jovi inundó el ambiente con su voz, al ritmo de *Runaway*.^{*} El latido de la música representaba claramente el estado emocional de Noah.

^{*} *Runaway*, The Island Def Jam Music Group, interpretada por Bon Jovi. (N. de la E.)

Caminó hacia el dormitorio, se quitó la toalla, la arrojó al suelo y buscó ropa en los cajones del armario. Finalmente se puso unos bóxer y un pantalón deportivo que le caía en las caderas, justo sobre sus músculos oblicuos, y se quedó con el torso desnudo.

Caminaba por su casa de mal humor, pues odiaba la soledad de su apartamento en los días libres; prefería estar trabajando. Si no fuera porque el psicólogo del departamento de policía lo había obligado a descansar de vez en cuando, él no estaría ahí como un perro enjaulado.

Regresó a la cocina, se preparó dos hamburguesas grasientas que metió entre dos panes, les agregó lechuga, pepinos, tomate y aderezos y abrió una Budweiser para acompañarlas. Sentado en uno de los taburetes de la isla de la cocina se puso a revisar el móvil, que había sonado minutos antes. Se encontró con un WhatsApp de Brian Moore, un excompañero de su antigua profesión y la única amistad que conservaba de aquella época.

Hola Noah, sé que es tu día libre, así que pasaré a buscarte para ir a una fiesta.

Te lo agradezco, pero prefiero quedarme en casa.

No estoy preguntándotelo: estoy diciéndote que voy para allá. Lo pasaremos bien, hombre, habrá muchas chicas guapas. Además, hace demasiado tiempo que no nos vemos, y te echo de menos, amigo.

Ok, ok, te espero. ¿Dónde es la fiesta?

En el Upper West Side. Salgo para allá.

Noah no tenía muchas ganas de asistir a una fiesta, pero quería ver a su amigo. Lo que Brian había dicho era cierto: hacía algún tiempo que no se veían y, además, necesitaba socializar fuera de su ámbito de trabajo.

Terminó de dos mordiscos los bocadillos, bebió rápidamente toda la cerveza y fue hacia el dormitorio, donde se puso unos vaqueros oscuros, una camisa blanca y unas All Star de color negro. Después fue al baño, se miró al espejo, se peinó con los dedos, se lavó velozmente los dientes y se roció con perfume. En ese preciso momento, justo a tiempo, sonó su móvil: era Brian, que ya estaba esperándolo fuera.

Como no estaba de servicio, Noah decidió llevar su pistola de repuesto, la Glock 19; era más liviana que la que usaba normalmente. La guardó

en la pistolera que llevaba al tobillo y se metió la cartera en el bolsillo, cerciorándose de llevar su placa de detective.

—Hola, amigo. ¡Qué alegría verte!

Noah se acomodó en el Porsche 911 marrón antracita metalizado con interiores de cuero de color crema, una maravilla automovilística, de ergonomía y confort. Los dos amigos se estrecharon la mano con fuerza y se palmearon afectuosamente la espalda.

—¿Rayos UVA?

—Así es, estoy en medio de la nueva campaña de D&G.

Brian, de metro ochenta y cinco, ojos azules, mirada penetrante y firme, con cabello rubio oscuro, exudaba confianza en sí mismo. Su rostro ovalado y el mentón bien definido acentuaban su masculinidad.

—Y tú, ¿en qué estás? ¿Qué nuevo caso ocupa tu vida?

—No te interesaría.

—Claro que sí, ya sabes que admiro tu trabajo. La semana pasada te vi en la tele, ¡menuda has liado! Después de todo, creo que no puedes abandonar del todo las cámaras; confíésalo: las echas de menos... —dijo en tono de broma, y Noah puso los ojos en blanco—. Has quedado como el gran héroe, rescatando al hijo del dueño de Mindland.

—Esos periodistas son insufribles, adoran el morbo.

—¿Y cómo va tu vida amorosa? ¿Sigues ligando sin esfuerzo alguno?

—Pues debo reconocer que no he perdido mi toque, aunque, por supuesto, cuando era modelo todo era más fácil. Pero no me quejo, alguna chica guapa me he ligado.

—Y espera a ver las que habrá esta noche en la fiesta. Voy a presentarte a una que está de infarto; yo ya la he probado, y te aseguro que es como comer caviar. —Noah rio y movió la cabeza—. No te importa que ya haya hecho una comprobación, ¿verdad?

—Sabes que no, jamás me ha importado compartir a tus mujeres.

—Ni a mí tampoco. —Se rieron a carcajadas.

El senador Wheels acababa de llegar a su casa. Como era época de reelecciones, se encontraba en el estado que representaba, Nueva York. Se quitó la corbata y se acercó a la barra para servirse un martini. Con el mando a distancia, encendió el equipo de sonido envolvente y *Madama*

Butterfly,* de Puccini, con la voz de María Callas, dominó el ambiente. Justo cuando estaba a punto de sentarse en el cómodo sofá de su salón apareció el mayordomo.

—Buenas noches, señor Wheels. ¿Desea que le sirvan la cena? —le preguntó en tono muy solemne.

—No voy a comer, ya he cenado fuera. ¿Dónde está la señora?

—Está en su estudio, señor. ¿Quiere que la avise de que ha llegado?

—No es necesario.

—Con su permiso, si no desea nada más...

Wheels asintió con la cabeza, despidiéndolo.

Caminó hacia otro sector de la casa con la copa de martini en la mano. Entró en el estudio y ahí estaba su esposa, de espaldas, ensimismada, ajena a todo y sumergida en lo que parecía su nueva creación. Se quedó mirándola desde el quicio de la puerta, y para hacer notar su presencia dio un puntapié. Ella, sobresaltada, se dio la vuelta.

—Hola, no sabía que habías llegado —le dijo quitándose los auriculares de su iPod.

—¿Cómo vas a enterarte si estás con esos tapones en las orejas?

—Lo siento, no creí que llegarías tan temprano; nunca lo haces.

—¿Estás cuestionando la hora de mi llegada?

Ella se levantó para saludarlo y negó con la cabeza; él le dio un desgarnado beso en la mejilla.

—¿Qué tal el día? ¿Te ha ido bien? Te he visto en la tele: ha sido un acto muy concurrido, ¿no? Había mucha gente.

Lo ayudó a quitarse la chaqueta para que se sintiera más cómodo, la dobló con cuidado y la sostuvo sobre el brazo.

—Agotador, la gente es insufrible, creen que tengo tiempo para saludarlos a todos. Te toquetean como si fueran tus iguales y te ofrecen las manos llenas de sudor para que se las estreches. —Puso cara de asco—. Las mujeres no son capaces de limpiarles los mocos a los niños, y aun así me los acercan para que los bese.

—Es que te admiran.

—Bah, estúpidos fanáticos. Quiero darme un baño y quitarme de la piel todo el perfume barato de la gente que se me ha acercado hoy.

* *Madama Butterfly*, Warner Classics, interpretada por María Callas. (N. de la E.)

—Te prepararé el jacuzzi, y te pondré unas sales de camomila que son el calmante perfecto.

—Sí, anda. ¿Qué estabas haciendo?

—Bosquejando, me han entrado ganas de volver a pintar —contestó entusiasmada—. A veces añoro hacerlo, pero como sabes no siempre tengo tiempo.

—¿Añoras perder el tiempo? —Se carcajeó en su cara—. Ve a prepararme el baño y déjate de bobadas. ¿Por qué no te dedicas a mostrarte en público haciendo obras de beneficencia, que eso sí ayuda a mi imagen política? Es con mi sueldo de senador con lo que te compras todo lo que tienes, no lo olvides. Que yo sepa, vendiendo esos garabatos —movió la mano de forma despectiva— ni siquiera consigues comprarte la etiqueta de los modelos de Armani que usas.

Ella bajó la cabeza, enterró la mirada en el suelo y salió de allí; no quería discutir, no estaba dispuesta a hacerlo.

Murray entró minutos después en el dormitorio y comenzó a desvestirse. De allí se dirigió hacia el baño, donde el jacuzzi estaba a medio llenar.

—¿Adónde vas? —le preguntó a su esposa cuando ella iba a salir.

—Voy a cenar mientras te bañas, aún no lo he hecho.

—Pensé que podíamos tener sexo.

—Perfecto, si quieres me quedo contigo.

—No, Olivia, ya se me han pasado las ganas. Ve y haz lo que tengas que hacer; después de todo, para la frialdad que recibo de tu parte mejor me las arreglo solo.

Ella tragó saliva, quiso acercarse y besarlo, pero él la empujó.

—Te he dicho que te vayas. Pareces una mojigata, cada día me calientas menos. —Olivia se retorció las manos—. Desaparece de mi vista, que me estás poniendo de mal humor.

En silencio salió de la habitación, cerró la puerta y se quedó apoyada contra la dureza de la madera, suspirando para demostrar la frustración y el cansancio que sentía. Apretó los ojos con fuerza y se sintió sumamente desdichada. Su matrimonio parecía no tener solución, ella lo hacía todo mal, tenía la impresión de que jamás hacía algo bien y nunca contentaba a su esposo. Si algo anhelaba era contentarlo, para que todo volviera a ser como había sido una vez; como cuando con sólo mirarse el

deseo los invadía y la pasión se apoderaba de ellos, sin que importara nada más. De pronto, lo oyó hablando tras la puertas y no pudo dejar de prestar atención a lo que decía.

—Hola... sí. Lamento lo de hoy, en media hora estoy allá.

Ella se dio cuenta que él había cortado la comunicación y oyó cómo sus pasos se acercaban. Puso unos ojos como platos e intentó desaparecer en el pasillo, pero Murray abrió la puerta rápidamente y la encontró sollozando e intentando irse; sus piernas se habían convertido en gelatina.

—¿Qué mierda hacías aquí?

—Nada, me iba a la cocina a comer.

—¡Estabas escuchando tras la puerta! —Le tiró del brazo.

—No, Murray, te juro que no.

—¿Cuántas veces debo decirte que no escuches mis conversaciones tras la puerta?

—Te juro, Murray, que no lo estaba haciendo.

La metió a empujones en el dormitorio y le agarró la barbilla con fuerza, enterrándole los dedos en la carne, como si quisiera traspasarla con ellos y arrancarle la mandíbula a jirones.

—¡Parece que no lo entiendes! —le gritó muy cerca de ella—, ¿cómo mierda te tengo que explicar las cosas? Pareces estúpida.

Le propinó un empujón, alejándola bruscamente de él, y Olivia cayó de bruces en el suelo.

—Por favor, Murray, no te enfades. Lo siento, te juro que lo siento. No he querido escuchar tras la puerta, sé que no debo hacerlo.

Ella tenía los brazos extendidos con las palmas hacia delante, intentando frenar su furia.

Pero sabía que nada de lo que pudiera decirle podría detenerlo. Murray le dio un puntapié en las costillas y Olivia se retorció en el suelo; luego, de un tirón, se quitó el cinturón y comenzó a castigarla. Ella se quedó sobre la alfombra del dormitorio en posición fetal, intentando asimilar el castigo despiadado que él le impartía, llorando con cada azote recibido. La correa zumbaba en sus oídos cada vez que él tomaba impulso para impartirle un nuevo golpe; la correa se había convertido en el más flagelador de los látigos.

—Basta, Murray, por favor, basta, te pido perdón, te pido perdón, mi amor. No quería enfadarte, no quería hacerlo, basta, ya basta, te lo ruego.

Olivia le suplicaba, pero él parecía no oírla; con cada golpe descarga-
do en su cuerpo soltaba un hálito que lo llenaba de brío, para soltar otro
más fuerte y más brutal. En el momento en que él consideró que era sufi-
ciente se detuvo; no lo hizo cuando ella se lo rogaba, sino cuando estuvo
seguro que Olivia ya no tenía fuerzas para pedirselo.

La dejó tendida en el suelo, casi inconsciente, y volvió a meter el cin-
turón por las presillas del pantalón. La miraba satisfecho, se sentía pode-
roso. Arrancó el cable de la extensión telefónica para que ella no pudiera
comunicarse con nadie y salió del dormitorio hacia el garaje, indicándole a
su guardaespaldas que saldría solo.

Preparándose para partir, rebuscó con la mano bajo el asiento y sacó
un envoltorio plateado que abrió con sumo cuidado; con la yema del dedo
corazón levantó el polvo blanco que estaba en la cajetilla y lo aspiró con
fruición. Repitió la operación con la otra fosa nasal, se limpió la nariz con
el reverso de la mano y se chupó los dedos.

Olivia estuvo un buen rato tendida en el suelo del dormitorio, y
cuando pudo se arrastró hasta la cama muy dolorida. Al oír que el auto-
móvil de su marido se alejaba sacó, con gran esfuerzo, un móvil que te-
nía escondido en uno de los cajones de la mesilla de noche, y marcó un
número.

—Hola amiguísima de mi corazón, ¡qué sorpresa a estas horas! ¿Aún
no ha llegado el ogro?

Con un hilo de voz y con muchísimo esfuerzo, Olivia le habló a la
persona que la escuchaba al otro lado de la línea.

—Te necesito, Alexa. Ven pronto, por favor.

—¿Qué ha pasado? ¿No me digas que ese malnacido te ha golpeado
otra vez? —Olivia no le contestaba, sólo la oía gemir de dolor—. Voy
para allá, tranquila que estoy saliendo. —Mientras lo decía tenía el bolso
y las llaves del coche en la mano. —*Shit, shit*, ese desgraciado algún día me
las va a pagar todas juntas... ¿Estás bien? Dime que estás bien, porque no
me lo parece, por favor, Oli, háblame...

—Entra por atrás con la llave que te he dado y cuidado con la cámara.
—Olivia reunió fuerzas para hablarle—. Por favor, que nadie te vea, no
quiero que vuelva a enfadarse. Estoy en el dormitorio.

Alexa no había oído bien a su amiga. Aunque el trayecto que la separaba del Upper West Side parecía interminable, en menos de media hora estuvo ahí, pero no iba sola: Edmond la había acompañado.

—¡Dios mío, Oli! ¿Por qué no te vas de esta casa? Este tipo te matará un día de éstos —le dijo él mientras la tomaba entre sus brazos para depositarla en la cama. Quiso recostarla, pero ella se quejó, así que la dejó sentada en el borde.

—Parece que eso es lo que busca, Ed, si no no se explica que aún siga aquí con esa bestia.

—Quizá sea lo mejor —expresó Olivia con cansancio y mucho pesar.

—No digas eso ni en broma, ¿me oyes? —La reprimenda de Alexa sonó muy fuerte.

Sus amigos le quitaron la camisa. Los azotes se veían claramente sobre su fina piel, tenía la espalda casi en carne viva. Alexa se cubrió la boca mientras observaba la brutalidad plasmada en el cuerpo de su amiga.

—Vamos, Oli, vamos a casa —le rogó—. No puedes seguir quedándote aquí, va a matarte. Ven conmigo, déjame que te ayude.

—No lo entendéis, él no es malo, soy yo, soy yo... —Olivia se puso a llorar desconsolada.

—Chist, no sigas angustiándote, pequeña, Ed está contigo. Ven, llora en mi pecho.

Esperaron a que se calmara mientras Edmond la acurrucaba en su regazo y Alexa le desinfectaba las heridas.

—Oli, me siento muy mal. No puedo seguir haciendo la vista gorda, no está bien. Me siento fatal por ti, por mí, siento que estoy siendo cómplice de ese monstruo, ignorando lo que te hace.

—Alexita, no te sientas así. Él no es malo, sólo está nervioso por la campaña política, y yo no ayudo en nada.

—Basta, Olivia, basta, no quiero escucharte más —le dijo Edmond cogiéndole la barbilla. Todo tenía un límite—. No puedes justificar esta salvajada. Tu esposo tiene problemas, no es normal que te trate así, ¿cómo puedes justificar que te haga esto?

—Es que no sabéis lo tierno que puede ser... Murray me quiere, me lo da todo; pero tiene mucha presión, ser senador no es fácil. Ya veréis como cuando la campaña termine todo volverá a la normalidad.

—Oli, hace años que oigo lo mismo y nunca se termina, al contrario,

cada vez es peor, cada vez te golpea más fuerte. Estoy preocupada. Vamos al departamento de policía y hagamos la denuncia. —Alexa la cogía de las manos mientras intentaba convencerla—. Nosotros te acompañamos, ¿verdad, Ed?

—Sí, claro, jamás te dejaríamos sola, sabes que puedes contar con nosotros para todo.

—¿Estáis locos?! Eso arruinaría su carrera.

—¡Mierda, Olivia! —gritó Alexa—. Ese malnacido ha arruinado la tuya, y también tu vida.

—Chist, no grites, por favor. Se darán cuenta de que estáis aquí conmigo y tendré más problemas.

—¿La estás oyendo, Ed? Esa bestia quiere matarte y tú sólo te preocupas por su carrera y porque no nos oigan. ¿Es que tu vida no tiene valor? Vives encerrada en una gran jaula de lujos, pero ¿de qué te sirve todo esto —hizo un ademán señalándolo todo— si no eres feliz? Porque no me digas que lo eres. —Puso los brazos en jarras.

—Basta, Alexa, sabes que no nos hará caso, no quiere que le ayudemos —apuntó Ed.

—No lo entendéis, a veces su mal temperamento tapa su lado bueno —dijo en un susurro—. Nosotros nos prometimos amor para toda la vida cuando nos casamos.

—¿Eres tonta? ¿De qué amor me hablas? Creo que ese malnacido te ha golpeado en la cabeza y algo no te funciona bien en el cerebro.

—En mi familia nadie se ha divorciado. Mis padres no estarían de acuerdo, sabéis que son muy rígidos en cuanto a las tradiciones, y bastante dolor de cabeza les ha causado Brian abandonando su carrera para que yo les añada otro disgusto.

—Me has hartado, ya es suficiente. Habla como si fueras santa Olivia. —Alexa se apretó con fuerza la cabeza—. ¿Sabes qué? La próxima vez que te muela a palos no me llames, arréglatelas sola, llama al puto mayordomo o a los guardaespaldas para que te ayuden, esos malnacidos que parecen no escuchar nada. Odio a tu marido y a todos sus soplones, odio su poder y que te haya lavado el cerebro como lo ha hecho.

—Basta, Alexa, no parece que seas mi amiga —rogó Olivia entre dientes, mientras se retorció por los dolores de los golpes.

—Por supuesto que no lo parezco, porque una amiga verdadera no

encubriría al jodido ese como lo estoy haciendo yo. Vamos, Ed, todo esto es en vano; ya sé lo que sigue ahora, nos dirá: «Idos, por favor, Murray puede volver —Alexa imitó su voz burlonamente— y no quiero que os encuentre aquí».

—Sí, eso es —contestó Olivia mosqueada y con lágrimas en los ojos.

Alexa iba a rechazarla, pero Edmond le hizo una seña para que se callara y lo dejase estar. Le dio un calmante a Oli para que le aliviase los dolores de los azotes; aunque nada la aliviaría, porque lo que Olivia tenía rasgado en verdad era el alma.

Alexa sacudió las manos con fastidio mientras refunfuñaba, rogando que su amiga reaccionara de una vez.

—¿Te ayudo que te acuestes, Oli?

—Por favor, Ed.

—¿Estás segura de que no quieres que te llevemos al médico? Quizá tengas alguna costilla rota.

—No, Ed, te aseguro que no tengo nada roto.

Alexa estaba enfurruñada, con los brazos cruzados y apoyada contra la pared mientras los veía desde lejos. Ed ayudó a Olivia a acostarse y la puso de lado, pues de espaldas era imposible por las laceraciones que tenía.

—Si necesitas cualquier cosa, vuelve a llamar, Oli.

—Gracias, Ed.

Sus amigos se fueron, y ella se quedó a oscuras pensando, repasando cada uno de los momentos. Sabía que sus amigos llevaban razón, pero era tanto el miedo que le tenía a su esposo que prefería justificarlo y esperar un milagro. Era tan infeliz que ni siquiera le quedaban lágrimas para llorar. Se sintió vacía, cobarde; se preguntó cómo había llegado a esa situación, pero no obtuvo respuesta, no había una explicación posible para tanta locura; sólo quería que todo terminara, que todo pasara, le pedía a Dios que la ayudase para que su calvario concluyera.

La madrugada la encontró despierta; oyó la puerta y supo que era Murray que regresaba, así que intentó calmar la respiración para que él no notara que estaba en vela, prefirió fingir que dormía.

Después de quitarse la ropa, Wheels se metió en la cama y, antes de ponerse a dormir, le habló a su mujer al oído:

—Sé que no duermes. Te pido perdón, Oli, no sé lo que me ha pasado pero estoy muy arrepentido. —Hizo una pausa—. Te prometo, mi vida, que nunca volverá a suceder. Lo que pasa es que estoy muy nervioso, la campaña política está acabando con mis nervios, sé que no es justificación, que no lo mereces, por eso me arrepentiré toda la vida. —Le acariciaba el brazo con mucha suavidad mientras le hablaba—. Te quiero, Olivia.

Ella siguió fingiendo que estaba dormida y no le contestó; él le dio un beso en el hombro y, después de apagar la luz de la mesilla de noche, se dio la vuelta y se puso a dormir.